Telón de Agora

MIRANDO HACIA ATRÁS CON IRA
EJERCICIO PARA CINCO DEDOS

Dido, Pequeño Teatro de Madrid, ha estrenado *Mirando hacia atrás con ira,* de John Osborne. Es una obra de las llamadas invariablemente "de nuestra época", queriendo significar que sólo obras así atañen a nuestro tiempo. Léase, a este respecto, el revelador ensayo *El Gusto Literario,* de Levin L. Schücking. La obra de Osborne es obra de nuestra época, pero no tiene la exclusiva. Es la representación de uno de los gustos que privan hoy, gusto no gratuito, que va unido sin duda a cosas importantes. Los barbados e irascibles jóvenes sin norte, los incomprendidos melancólicos de nuestros días, han encontrado en ella su expresión teatral de forma vibrante y recia.

John Osborne nació en 1929. *Mirando hacia atrás con ira* es la obra de un dramaturgo nato. Sin referirme a estos hechos, puedo ahora decir que la obra me parece juvenil y excesiva. Apura los extremos con enorme agudeza y esto ha contribuído a su resonancia y a la pasión del público. Lo excesivo para mí es, por ejemplo, *Don Alvaro* o *Hernani.* Y creo que no hay exceso, en la misma tendencia, en *Los amantes de Teruel* o *Traidor, inconfeso y mártir.* Aunque lo excesivo en este caso fuera un ingrediente revelador, completamente lícito. *Mirando hacia atrás con ira* me parece excesiva y no me lo parece *Ejercicio para cinco dedos.* (Los ejemplos románticos no han salido a relucir en vano.)

En la obra de Osborne hay una gran dosis de manifiesto, inteligente por supuesto. Su atmósfera dramática es, a veces, un poquito vieja—como son los discursos—con cierto sabor a descubrimiento o laboratorio ibseniano, y a veces irrespirable como lo es, en muchas escenas, Strindberg. El protagonista, Jimmy Porter, vive el drama por el drama. Lo busca, lo persigue, lo manosea, lo siente, sin perder su rastro. Se persigue a sí mismo. Dialoga consigo mismo como si lo hiciera con Dios. Y la sangre que vierten sus palabras sigue allí cuando acaba la obra. *Mirando hacia atrás con ira* también podía llamarse *Mirando adelante con ira.* No me parece que haga en esto Jimmy Porter demasiados distingos.

Debo decir que la obra de Osborne—que flojeó sólo en el primer acto—es una magnífica obra teatral que interesa siempre, con un diálogo pleno de agudeza e inteligencia, con dramatismo auténtico, con ambición y vigor extraordinarios.

La versión, que ofrecía muchas dificultades, la realizaron con acierto Antonio Gobernado y V. Fernández-Asís. Correcta la dirección de Quinto. Entre los intérpretes, destacó Germán Cobos, admirable, y también Julio

Navarro. En general, todos coadyuvaron al éxito de la obra: María Luisa Romero, Margarita Lozano y Félix Dafauce.

Sólo merece elogios *Ejercicio para cinco dedos,* de Peter Shaffer, estrenada en el Beatriz, dirigida por Alberto González Vergel. Peter Shaffer es, al menos intencionalmente, uno de los "angry young men". Nació en 1926, pero su sabiduría escénica, su deseo de no engañar, su esfuerzo y logro en la obra comentada, sobrepasan con mucho la madurez temprana de los treinta y tres años.

Ejercicio para cinco dedos primero es teatro. Lo que el autor quiso hacer cuando se puso a escribir. Pero luego es también todo lo demás. ¡Y con qué importancia, justeza y calidad poética! Shaffer define, al parecer, su teatro "como un intento, un apasionado y desesperado intento, de penetrar en lo más hondo y más oscuro del alma humana". Aquí el intento se ha hecho realidad.

Peter Shaffer dice todo lo que quiere decir. No hay ninguna bruma donde pueda anidar el "quise decir" o cualquier interesado empirismo político. No hay ninguna bruma que no sea, claro, la de la vida misma. Lo que interesa en esta obra es el hombre por dentro y por fuera, el caso. Es decir, el último grito—¡qué cosas!—de la Psicología aplicada a determinadas colectividades. Lo que podemos llamar el mundo uno por uno.

Estas cinco teclas o personajes que el autor ha puesto en tensión asombran el oído. Cada personaje es "sencillamente" complejo y está maravillosamente diferenciado de los demás. Y en pugna con los otros, vivo. No se trata de una misma especie que se asfixia a su manera en el mismo cubil *(Mirando hacia atrás con ira).* Se trata de edades y convicciones distintas, y también de edades y convicciones parejas, que conviven rozándose, luchando, enfrentándose sin trampa, con sinceridad y dificultad absolutas, a la vista del público. Y además de "lo que va por dentro", un autor tan completo como Peter Shaffer no olvida "lo que va por fuera", la anécdota, el sucedido teatral, corriente, casi tópico, que sirve de bastidor y reactivo a las peculiaridades humanas de sus personajes.

Todo lo que se dice en *Ejercicio para cinco dedos* es inteligente, importante. Y es inteligente e importante la forma en que se dice y el momento. Y, como hay inteligencia, hay drama, humor y ternura. Yo no olvidaré fácilmente la inmensa soledad, seca, tristísima, que anegó mi butaca de espectador, del joven profesor alemán Walter. Ni el drama de un muchacho bueno que se averigua a sí mismo y se defiende con pequeñas maldades: Clive.

Sólo merece elogios la labor de Alberto González Vergel y la de los actores. Vemos rara vez montar e interpretar una obra de forma tan brillante. Es casi injusto preferir entre los intérpretes. Cada uno da su lección con maestría: José Luis Pellicena, Lina Rosales, Andrés Mejuto, Carmen de la Maza y Alejandro Rey, intérprete de Walter. Lo mismo hay que decir de la versión española de la obra, de Alberto Martínez Adell.

MEDARDO FRAILE.